**UN INTERCAMBIO IMPERFECTO**

**Redes de vinculación política en torno a una organización campesina del noroeste de Córdoba**

**Eje temático**: 10

**Apellido y nombre**: Decándido, Erika

**Pertenencia institucional**: IAPCS - UNVM / CIFFyH- UNC

**E-mail**: erikadecandido85@yahoo.com.ar

### **Introducción**

En esta ponencia se presentan parte de los resultados de mi tesis doctoral en Estudios Sociales de América Latina – Línea Sociología. Allí se hace un abordaje sociológico, desde una perspectiva bourdeana, de la relaciones políticas[[1]](#footnote-1) del espacio rural de noroeste de la provincia de Córdoba a partir de un análisis centrado en la trama vincular que se estructura en torno a dos centrales de una organización movimentista[[2]](#footnote-2).

El “Movimento” es una organización de segundo grado que tiene presencia en la región desde finales de la década de 1990, cuyo objetivo manifiesto es “reivindicar la producción rural y la vida campesina, garantizar el acceso a los recursos, a la salud, a la educación y el derecho a la tierra. Por condiciones de trabajo más justas y una mejor distribución de las ganancias.” Si bien las estrategias políticas y jurídicas para resistir colectivamente a los desalojos y a la penalización de las prácticas de defensa de la posesión te tierras son unos de los aspectos más conocidos de su práctica, la cotidianeidad del proceso organizativo tiene que ver, también, con el desarrollo y la aplicación de proyectos orientados a construir y acumular fuerzas en otros escenarios. Las acciones específicas sobre el territorio de influencia, circunscriptas a la problemática campesina en escala local, se articulan con un proyecto político que tiene por objeto la transformación social general y se encuentra asentado en la búsqueda de una mayor igualdad en las condiciones de vida y de distribución del poder.

El recorrido de análisis trazado en el trabajo de tesis dejó planteada una situación que constituye la base de la interpretación que se presentará en estas páginas: La red vincular del Movimiento no monopoliza los intercambios políticos en el espacio rural del noroeste de Córdoba. Ni siquiera monopoliza las disposiciones, las prácticas y las relaciones políticas de quienes lo conforman. La participación en el Movimiento recorta, delimita, un espacio de vinculación que se superpone con una amplia variedad de relaciones que se despliegan en las comunidades locales[[3]](#footnote-3) con los que comparte puntos en común. Este compartir no sustituye, no soterra, las otras formas de vinculación, sino que, por el contrario, es en relación a ellas que se comprenden y explican algunas de las dimensiones de la participación de diferentes agentes en el Movimiento.

Tomo las palabras de Delma Neves para sintentizar la inquietud que motivó la decisión de convertir esa situación en dimensión central de interpretación dicha decisión, que tuvo que ver con asumir que era preciso y relevante

…reconocer las implicancias de las interrelaciones entre diversos planos de la realidad social que allí se imbrican. Este reconocimiento no puede dejar de tomar en cuenta la especificidad de los varios campos que se constituyen y reconstituyen, de las distintas relaciones que allí son tejidas (1997: 242) [traducción propia].

A partir de abordar esta tarea fue posible dar cuenta de qué maneras la Organización convive con otras formas de vinculación política que movilizan los campesinos en torno a la comunidad local, con las cuales se superpone y articula, reconfigurándose dialécticamente entre sí.

Si bien la elaboración del marco teórico-metodológico que respaldó el análisis de esta dimensión del objeto ha incorporado herramientas de los estudios sobre patronazgo, mediación social, intercambio, reciprocidad; para el momento estrictamente interpretativo que se expondrá en esta ponencia asumió peso preponderante el constructo teórico-metodológico que Alicia Gutiérrez desarrolla, desde una perspectiva bourdeana, en torno a la noción de “redes de reciprocidad” (2007)[[4]](#footnote-4). Esta noción refiere a espacios en los cuales circulan bienes materiales y simbólicos o, para ser específicos, capitales de diferente tipo en forma de bienes, servicios y reconocimiento (Gutiérrez, 2007: 147).

Tomando como referencia directa el análisis realizado por la autora en su libro en su libro “Pobre…como siempre” se delimitan, como unidad de análisis prioritaria, aquellas dinámicas relacionales que atraviesan el espacio rural y se asientan en vínculos personalizados no horizontales, y que pueden ser interpretados en términos de *reciprocidad asimétrica* (Gutiérrez, 2007). Esta categoría resulta útil para conceptualizar aquellas redes que, ancladas en el vínculo de co-residencia del espacio rural local, se sustentan en la desigualdad entre las partes y, sobre todo en el reconocimiento de esa desigualdad como fundamento y condición de la relación.

Respaldado en esta propuesta, el entrecruzamiento, o la mutua incidencia, de las diferentes dinámicas relacionales fue abordado en su dimensión estructural (identificando que hay recursos que circulan de una a otra red, que unas y otras convergen en redes de mayor nivel, que las posiciones ocupadas en unas redes inciden en las lógicas relacionales de otras) pero también en su dimensión disposicional (en tanto los principios y saberes prácticos aprendidos en relación con ciertas formas del intercambio son activadas en otros espacios vinculares).

Se expondrán, en este sentido, los diferentes procesos y mecanismos mediante los cuales los agentes llegan a ocupar una posición específica, y a las consecuencias que estos diferentes procesos de estructuración tienen sobre las formas que asumen las relaciones y posiciones hacia el interior de la comunidad local, pero también con agentes foráneos. Sobre todo, se atenderá a cómo cada proceso genera posiciones de sujeto que son articuladas diferencialmente en la red vincular de las centrales del Movimiento.

A este fin ordenaré la exposición de acuerdo a tres grandes núcleos analíticos. En cada uno de ellos se reconstruyen una posición de sujeto que, en términos metodológicos, no representa ni una generalización inductiva ni una descripción de situaciones concretas sino una construcción sociológica que, en base a la articulación de datos empíricos con herramientas teóricas, permitió reconstruir “en el papel” con fines estrictamente analíticos, posiciones específicas que ayudaron a comprender y explicar, de manera estructural, cómo sus estrategias se articulan al espacio vincular del Movimiento.

En el primer punto atenderé a las formas en que los ideales de horizontalidad e igualdad promovidos desde el proyecto del Movimiento se tensan con disposiciones que fueron estructuradas en relación a trayectorias de vinculación asimétrica entre agentes que, tomando como punto de partida sus posiciones desiguales en la estructura social, establecen vínculos de intercambio que tienen a esta desigualdad inicial como fundamento y condición.

En el segundo punto, trabajaré sobre procesos por medio de los cuales agentes con estructuras patrimoniales de capital económico y cultural inicialmente similares a las de sus co-residentes, elaboran e implementan estrategias de diferenciación (sobre todo de acumulación de capital social y simbólico) que los reubican en una posición privilegiada y los habilita como líderes ‘naturales’ de su comunidad local. Se tomarán en cuenta las formas en que el vínculo particular con el Movimiento consolida o deslegitima esas posiciones, así como las prácticas y relaciones que se asocian a ellas.

Por último, en el tercer punto, se aborda el proceso por medio del cual la incorporación de *compañeros campesinos* a la Organización en la posición de *militantes* provee a algunos agentes de herramientas para diferenciarse de los otros miembros de su comunidad y convertirse en referentes legítimos del colectivo. Este proceso es interpretado en clave de dislocamiento.

### **Cuando el intercambio presupone la desigualdad**

A lo largo del trabajo de campo en las comunidades pude reconstruir indicios de una dinámica relacional estructurada en torno a vínculos personales entre co-residentes, atravesados por la dimensión afectiva, la confianza, la moral y que se da entre miembros de la misma comunidad que, no obstante, ocupan posiciones sociales diferentes y desiguales.

Los estudios sobre patronazgo iluminaron el reconocimiento de algunas cualidades de estructuras relacionales que, generalmente, son referidas en los relatos en relación a al pasado, en los cuales se remite a una lógica de vinculación entre dueños de chacras o estancias y sus puesteros o empleados, a quienes aquellos les asignaban una parcela y una vivienda dentro de su propiedad, les apadrinaban los hijos, le conseguían medicamentos, los llevaban a la ciudad en caso de necesidad, les facilitaban trámites, etc. También se remite a estos actores como quienes estaban *en la política* y que, a través del conocimiento y reconocimiento personalizado, operaban como mediadores entre el espacio local y otras escalas o “universos sociales”.

Habitualmente las relaciones económicas de subordinación, o bien la posición social marcadamente diferencial entre los agentes que establecen un vínculo de intercambio de tipo patronal, se encuentran directamente vinculadas con una posición diferencial, también significativa, en el espacio político.

Se destaca la dimensión personalizada del vínculo como fundamento de la reciprocidad, asentada en el reconocimiento de la autoridad y en el principio de lealtad atravesado por criterios morales de evaluación del otro según el binomio bueno/malo.

Las transformaciones estructurales que impactaron en las relaciones laborales, los patrones de residencia rural y las condiciones del campo político aparecen como dimensiones explicativas de transformaciones en las particularidades en torno a las cuales se configuran las redes de reciprocidad asimétrica en el espacio del noroeste provincial. Puede reconocerse un proceso de especialización mediante el cual tomaron preponderancia otros actores y otras dinámicas relacionales que, sin dejar de ser asimétricas y encontrarse atravesadas por la personalización del vínculo, adquirieron características diferentes a las que podrían describirse desde los estudios de patronazgo[[5]](#footnote-5).

Dado que los objetivos de investigación se encuentran delimitados a la actualidad de las dinámicas vinculares, se desplazó el referente conceptual hacia la estructura interpretativa que acompaña la categoría de redes de reciprocidad asimétrica. Gutiérrez destaca el carácter vertical de este tipo de redes (por comparación con las redes de reciprocidad horizontal entre agentes con estructuras patrimoniales similares o equivalentes) en tanto se producen entre actores en posiciones sociales diferentes, lo cual impide que lo que circule sea un mismo tipo de capitales a modo de don y contra-don diferido en el tiempo. Por el contrario, este tipo de relaciones se asienta en el intercambio de ‘cosas diferentes’.

Durante mi trabajo de campo pude reconocer que este tipo de redes de intercambio asumen algunas cualidades novedosas aunque mantienen cierto parentesco con las lógicas patronales. Prioritariamente, se establecen con agentes que no son parte de la comunidad rural (como por ejemplo con Cáritas, asociaciones filantrópicas del más diverso tipo, ONGs, *punteros* políticos, etc.) y son reconocidas por los residentes rurales como medio de acceso a recursos. Los intercambios que las conforman son significados habitualmente en términos de *ayuda* y en torno a ello se movilizan disposiciones según las cuales los vínculos son significados y practicados de acuerdo a principios de reciprocidad atravesados por el respeto a la jerarquía, a la autoridad y asentados en la lealtad y el agradecimiento.

Estas redes no sólo se articulan por fuera y en paralelo a la red vincular del Movimiento, sino que habitualmente son cuestionadas desde este espacio como intercambios que reproducen las condiciones de subordinación de las familias, en tanto se estructuran en base a la construcción de un destinatario *pasivo, incapaz y necesitado*. Como contraposición, desde el proyecto organizativo se proponen y promueven vínculos *igualitarios, horizontales*, y construidos en base a un sujeto activo social, económica y políticamente que, en articulación igualitaria con otros, *sea protagonista y artífice de sus conquistas*.

Muy a pesar del trabajo de crítica y reflexión que se promueve desde los espacios del Movimiento, y aunque ese esfuerzo ha hecho mella en muchos de sus miembros, no son en nada despreciables las disposiciones jerárquicas que atraviesan también esta trama relacional, que la configuran en términos de espacio de intercambios asimétricos y que movilizan estrategias coherentes con este sentido práctico.

Los datos relevados no son suficientes para aseverar consistentemente que la génesis social de estas disposiciones, ampliamente extendida entre los campesinos con los que pude interactuar en mi trabajo, sea la historia de patronazgo (en sentido estricto) de la región. No obstante, lo relevante para el caso es que he podido recuperar una serie de indicios claros de que estas disposiciones se actualiza en el establecimiento de otro tipo de relaciones de reciprocidad asimétricas que hacen parte de las estrategias de reproducción de las familias campesinas y entre las cuales se encuentra incluidas aquellas que se entablan con los *militantes* foráneos del Movimiento.

Es importante mencionar que las desigualdades de trayectorias sociales que atraviesan el Movimiento asumen una de sus principales formas de cristalización en la división entre locales y foráneos[[6]](#footnote-6). Independientemente de innumerables corrimientos y dislocamientos que convierten en reduccionista a esta dicotomización[[7]](#footnote-7), me interesa señalar simplemente que no deja de estar presente esa desigualdad como condición de posibilidad del establecimiento de ciertas redes de intercambio asimétrico y que, en muchas ocasiones, dichas estructuras vinculares son motorizadas por los campesinos desde la misma estructura de disposiciones que se movilizan en otras redes de este tipo.

Considero sumamente importante resaltar estas disposiciones por lo que generan cuando se ponen a jugar en los vínculos con aquellos militantes que son reconocidos como *superiores* a la misma vez que estos se autoproclaman i*guales*[[8]](#footnote-8). Desajuste que no son más que aquello que Hobsbawm (1976: 8) describe para los “campesinos tradicionales” como “conciencia realista de su propia inferioridad”, y cuyas condiciones estructurales de producción no pueden ser borradas de un plumazo mediante la simple enunciación de la indeseabilidad de toda jerarquía.

Es importante señalar la recurrencia e intensidad de los debates que quienes conducen el proyecto organizativo tienen respecto a estos desajustes y la constante preocupación por desarrollar ingenierías participativas dirigidas a subsanar estas distancias estructurales o, al menos, a dificultar su reproducción. Existe una multiplicidad de mecanismos puestos en marcha estratégicamente por parte de los militantes para revertir los efectos de poder que tienen estas relaciones de desigualdad (Decándido y Ruffini, 2018).

Considero, sin embargo, que es un error analítico desconocer que la desigual posición en la estructura social es fundante y estructurante del vínculo de reciprocidad entre estos grupos y que, en base a esta desigualdad se sostiene parte de su efectividad. Una cosa es bregar por establecer vínculos que no generen ni profundicen desigualdades, definirlos como horizontales y reconocer el efecto político que ello genera hacia el interior de un colectivo. Otra muy diferente es asumir que es posible horizontalizar, mediante el control de las modalidades de interacción o mediante operaciones simbólicas, relaciones fundadas en posiciones estructuralmente asimétricas.

Particularmente, más que enfatizar en este punto (que poco tiene de novedoso) me interesa señalar su productividad para la creación y recreación de la red vincular circunscripta al Movimiento resaltando que en este espacio de circulación de recursos y sentidos hay relaciones que no existirían si no fuera porque se asientan en esta desigualdad, en el reconocimiento del otro como alguien que puede mediar en el acceso a recursos que no podrían gestionarse en redes horizontales y que, muy a pesar de los principios políticos orientados a la horizontalidad, esa asimetría es constitutiva de la red vincular.

### **Procesos de diferenciación y distinción de algunos de los pobladores locales**

Además de estas relaciones entre agentes con trayectorias sociales y posiciones estructurales desiguales, he podido reconstruir otra lógica relacional que tiene significativa incidencia en la forma en que se configura la red que conforma las centrales. También ésta se encuentra asentada en posiciones desiguales, sólo que en este caso, la desigualdad se constituye en el mismo momento de la relación, a partir de una división del trabajo que redunda en la acumulación de capital político por parte de quien ocupa una de las posiciones en el intercambio. En este sentido se podría decir que la posición es menos una condición de los intercambios que una consecuencia suya.

En su libro “Pobre…como siempre” Gutiérrez analiza cómo, frente a un contexto excepcional (una inundación) que prefigura las condiciones para un proceso de trabajo comunitario, las redes de reciprocidad horizontal son activadas como principal lógica de vinculación a la vez que habilitan, concomitantemente, un proceso de diferenciación/distinción de algunos de estos agentes que, a partir de la acumulación de cierto capital simbólico (reconocimiento, autoridad), llegan a ocupar posiciones de dominación en relación al resto de los vecinos. Posición que asume la forma particular de “liderazgo”, definido por Gutiérrez como “una suerte de capital socio-político en el ámbito de la comunidad, que no está institucionalizado como tal” (2007: 145) y que se encuentra fundado en el reconocimiento de la capacidad para gestionar lo común (para ordenar, para organizar, para hacer las cosas). De esta forma, la autora pone sobre relieve los procesos sociales por medio de los cuales ciertos actores ocupan, en el grupo, una posición particular que, entre otras cosas, los habilita a establecer vínculos con agentes o instituciones “por fuera” de la comunidad.

Quienes encarnan esta posición en mi caso de estudio por lo general, son varones y mujeres de más de 40 años, con cierta disponibilidad de tiempo (garantizada por el lugar que ocupan en la división familiar del trabajo, asociadas a las etapas de reproducción de la unidad doméstica, a sus condiciones laborales, experiencias de migración, etc.) para dedicarse al despliegue de estrategias que no se restringen directamente a la reproducción material de la vida. Sus procesos de socialización política no se acotan al paso por el Movimiento, y presuponen la adquisición de competencias que en ocasiones son incluso ilegítimas en relación a los principios ideológicos movilizados en ese espacio. Suelen estar especialmente dispuestos a dar testimonio o a asumir el rol de portavoces de algún colectivo frente a aquellos que convocamos su relato, ante quienes se presentan discursiva y pragmáticamente como vecinos que disfrutan y acostumbran a *trabajar desinteresadamente para la comunidad* aún desde antes y más allá de la Organización.

Su capital simbólico se funda en la meritocracia legitimada en el sacrificio y en el saber hacer (Gutiérrez, 2007: 146-147) aprendido a lo largo de su trayectoria de socialización política, generalmente ‘autodidacta’, a partir de ‘hacerse cargo de’ cuestiones que competen a la comunidad tales como juntar fondos para cooperadoras, organizar rifas, establecer vínculos con *punteros*, organizaciones partidarias, ONGs, iglesias, etc. como manera de acceder a recursos. En este trabajo la obtención de recursos materiales para beneficio personal directo no es primordial. Por el contrario, al “gestionar para la comunidad” acumulan capital social, simbólico y político (estos tres como parte de una compleja dinámica de reconversiones) que los ubica en una posición particular en las redes vinculares locales que entablan con sus vecinos.

Estos capitales son inescindibles de la ‘destreza del líder’, que consiste en la habilidad (socialmente adquirida) propia de un ‘saber hacer’ un ‘saber moverse’ que, conjugado con un ‘estar comprometido con la comunidad’ les permite ocupar el lugar de intermediarios, que no es más ni menos que una posición en un colectivo que se ordena a partir de la división del trabajo por lo común. Desde esta posición participan de redes de reciprocidad indirecta especializada entre la comunidad local y actores vinculados a espacios sociales en los que se disputan y distribuyen recursos.

Las tareas que hacen por y para la comunidad son la fuente principal de su capital social-simbólico y del capital-información en el que asientan su posición relativa. Estas prácticas, por su parte, se encuentran reforzadas por su asociación con representaciones que las hacen aparecer como desprovistas de interés y que, mediante esa articulación simbólica, son significadas como *entrega*, *generosidad* y *desapego* del actor particular en beneficio del colectivo. Representaciones que se traducen en capital simbólico y que asume la forma de reconocimiento, condición necesaria para legitimar el papel de representantes y portavoces legítimos en el momento de gestionar recursos en las relaciones con los agentes que controlan su distribución directa o que tienen incidencia en la definición de los criterios de dicha distribución.

En todos sus niveles, los vínculos que componen estas redes se encuentran atravesados por lazos personalizados (que pueden ser directos o mediados por parientes, vecinos o amigos) en los que se movilizan capitales sociales de tipo vecinal, de parentesco, de amistad, y que están fundados en el conocimiento de la persona y se encuentran ligados indisociablemente al individuo por sus “cualidades” y atributos” intransferibles. A su vez, estos atributos habitualmente son naturalizados, disociados de las condiciones sociales de producción, y atribuidas a quien las posee como si fueran capacidades innatas que los convierten en líderes “naturales” (Bourdieu, 2001).

Quienes ocupan estas posiciones cuentan, entonces, con capital simbólico, capital social y capital cultural (información) además de que manejan un saber práctico devenido de un conocimiento de las reglas básicas del juego que supone comprender cómo movilizar oportuna y eficazmente esos capitales. Ese patrimonio los posiciona desigualmente en relación a los demás miembros de la comunidad local, desigualdad que aparece desdibujada por el efecto de reconocimiento y valoración positiva de sus “pares”. Un reconocimiento que, en este caso, no se asienta en el respeto por lo “socialmente superior” sino en el respeto por un igual que *hace cosas por y para todos*.

A diferencia con la lógica vincular que caractericé en el punto anterior, en este caso las estrategias desplegadas en relación a la inauguración y sostenimiento de redes vinculares en las cuales ocupan el lugar de intermediarios se encuentran en la génesis de sus procesos de diferenciación y de distinción.

La identificación de estos “líderes” y el trabajo para su incorporación orgánica al Movimiento es una constante en la estrategia de los *militantes* de esta organización. En esta estrategia se considera que aquellos actores cuentan con un acumulado de capital político que ha sido adquirido mediante el desarrollo de una diversidad de estrategias de las cuales el Movimiento no había sido parte y que, además, son movilizadas como un patrimonio personal, encarnado en su individualidad y factible de ser movilizado, por consiguiente, de acuerdo a decisiones y estrategias individuales.

No se ignora, por otra parte que, a diferencia de los militantes foráneos (o de cualquier agente externo que pretenda establecer redes vinculares con la comunidades rurales), que deben dedicar parte de su trabajo político a desmarcarse de su posición privilegiada y a construir lazos personales y de confianza con los residentes rurales; estos líderes locales tienen la ventaja de contar con una trayectoria de co-residencia que puede movilizar en forma de capital simbólico: confianza basada en el conocimiento y reconocimiento en términos personales. No dejan de ser, en este sentido, ‘campesinos auténticos’, condición nada despreciable que, además de ubicarlos en una posición particular hacia dentro del Movimiento, puede ser movilizada en las relaciones con otros actores vinculados al campo político.

Cuando acceden a incorporarse a la red vincular de alguna de las centrales, es frecuente que dispongan su participación en la organización en la clave habitual de sus prácticas de vinculación política: asumen tareas dirigidas a la producción y reproducción del espacio movimentista tales como la de convocar a reuniones, coordinar horarios y movilidad con los *militantes* que las *acompañan*[[9]](#footnote-9), de organizar y dinamizar las tareas colectivas, gestionar recursos de la comunidad. También suelen ser quienes amplían las instancias de relacionamiento a familias aún no integradas a la esta dinámica organizativa. Por lo general se adjudican tareas de representacióny participan o han participado (más o menos sistemáticamente) de instancias de organización que exceden el espacio de su comunidad (referentes de algún equipo de trabajo y/o de toma de decisiones a nivel provincial, nacional o internacional) donde asumen una posición de representación de un colectivo (ya sea de su comunidad o, incluso de grupos más amplios).

En términos de productividad en la recreación de los espacios de circulación de recursos y de las posiciones ocupadas, estas instancias contribuyen a la consagración de estos actores que, asumiendo lugares funcionales al proyecto político del Movimiento, encuentran ocasión de “demostrar” quién se es, cómo los demás lo reconocen y, con ello, de institucionalizar (y fortalecer) su posición frente a sus co-residentes.

En ambos casos, las prácticas asociadas a las tareas en la Organización no suelen ser estructuralmente diferentes a aquellas que se desplegaban y despliegan en las redes vinculares articuladas con otros actores: tanto en un caso como en otro, estos actores se autorreferencian como quienes, antes y durante, dentro y fuera del Movimiento "ayudan a resolver los problemas de su comunidad". En este sentido, los criterios de reconocimiento de los líderes locales no siempre coinciden con los propuestos por los militantes. Sus prácticas, y los sentidos que circulan en torno a ellas, no se encuentran nunca exclusivamente mediadas por los principios y lógicas propias de aquellas valorizadas positivamente por el proyecto hegemónico del Movimiento.

De hecho, estos actores generalmente sostienen la relación con otros mediadores y se siguen articulando a redes que exceden la del Movimiento sin que esta superposición de canales de circulación de recursos y de gestión de beneficios sea concebida y problematizada como contradictoria. Esta diversificación de estrategias vinculares funciona complementariamente en tanto contribuye a un mismo fin: canalizar recursos o garantizar mejores condiciones para la reproducción social de los vecinos de la comunidad, a la vez que reproducir la posición que estos líderes locales ocupan en ella.

Desde el punto de vista político-estratégico del Movimiento, laintención de incorporar a estos agentes a la red vincular de las *centrales* se basa en el supuesto (por cierto, basado en un reconocimiento de su posición social específica) de que manejan un conocimiento riguroso de las reglas de interacción propias de su comunidad pero también en la pretensión (esta sí, no siempre cumplida) de que esa posición de liderazgo puede ser reconvertida (mediante el trabajo de formación política) a la de *referente orgánico* del Movimiento, la de *militante* que se apropie y represente el proyecto hegemónico del colectivo.

Analizado esto en términos de expectativas de reciprocidad, podría decirse que se espera que, a cambio del reconocimiento extra que les da su posición en el Movimiento, transfieran su capital simbólico al colectivo. Que, como dijera Bourdieu, se entreguen incondicionalmente al aparato que los consagra (1988a: 170).

Sin embargo, el hecho de que no ‘le deban’ a la Organización sino una parte de su capital simbólico los ubica en una posición particular que los libera del compromiso de cumplir con ciertas “lealtades” y ciertos compromisos. Los exime de la presión de desdibujarse en ese proyecto. Por un lado, no están obligados a representar la voz oficial del Movimiento (de hecho, en muchas ocasiones no lo hacen). Por el otro, no están condicionados a restringir sus estrategias a esa red vincular (y tampoco lo hacen). Esta posición ambigua es fuente de constantes tensiones e incertidumbres con relación a los militantes que, a la vez que les reconocen como portadores de un capital simbólico insustituible, pretenden que ese capital sea transferido completamente al colectivo-Movimiento como forma de extender el alcance del monopolio de la representación legítima de los campesinos de la región.

En términos concretos y generales, se espera que quien ocupa posiciones de mayor responsabilidad promueva, a partir de las ventajas relacionadas a ese lugar, el crecimiento cuantitativo y cualitativo de los vínculos en función de esos principios programáticos. Si se hace provecho de esa posición para producir o reproducir lógicas que puedan evaluarse como contrarias a dichos principios (para beneficio personal, para acumular poder, para desarticular los vínculos articulados a la lógica organizativa, para cuestionar los principios de legitimación de las prácticas y relaciones) se desencadenan desajustes que pueden tomar la forma de discusiones, sanciones, rupturas y hasta desvinculaciones.

A pesar de ello, no siempre los líderes locales cumplen con las expectativas que se depositan en ellos de que asuman los principios éticos y prácticos del proyecto del Movimiento, deleguen su capital simbólico al colectivo y renuncien (o subordinen a un segundo plano) sus otras prácticas políticas a las vinculadas con este espacio. Sostenerse esta condición de “ambigüedad” no es tarea sencilla. Es preciso que asuman el riesgo de ser sancionados o desvalorizados, de perder la cuota de capital simbólico que obtienen de la Organización, ver socavada su la legitimidad hacia dentro de este colectivo y debilitada su posición. Ello se encuentra asentado en una diferencia estructural de poder entre quienes definen las reglas del juego de este campo y quienes, para cuestionarlas, deben poner en riesgo su posición.

Frente a estas condiciones, los líderes locales se ven obligados a un esfuerzo extra en su relación con los *militantes,* ya que precisan construir una imagen de sí acorde a las expectativas legítimas que circulan en el espacio. Para ello, deben aprender a identificar y gestionar lo que puede ser mostrado y lo que no; lo que puede ser dicho en cada espacio, lo que debe ser silenciado, lo que puede mezclarse y lo que debe permanecer separado. También en estos tabúes se sostienen –y se ven amenazadas– estas reciprocidades.

La gestión de estas situaciones es uno de los principales obstáculos con los que se encuentran los *militantes* en el trabajo de promover transformaciones en las prácticas y los valores en función de los objetivos del trabajo colectivo. No sólo porque a partir de ello se generan escenarios conflictivos y se dificulta la sostenibilidad de algunas relaciones, sino porque allí se expresan de forma radical los límites estructurales del proyecto organizativo y del supuesto de que la formación política cambia las conciencias, que inaugura un proceso es irreversible de transformación subjetiva y objetiva de los *compañeros* capaz de desarticular otros móviles de la conducta como los intereses personales u otras lógicas relacionales reproductoras de relaciones de desigualdad. Ese desajuste señala una vez más los límites que tiene ese proyecto político para monopolizar los sentidos y las prácticas de representación legítima de la población y sus intereses.

No obstante ello, nuevamente considero menos relevante señalar las condiciones de eficacia y los límites de la violencia simbólica (implicada en este como en cualquier proceso de formación política), que reconocer las repercusiones prácticas que ello tiene en la lógica relacional entre *militantes* y líderes locales en la cual se ponen a jugar expectativas desajustadas con las condiciones estructurales de los términos de la relación.

¿Cómo es posible incorporar coherentemente, bajo el paraguas del proyecto de transformación social hegemónico en el Movimiento, a agentes cuyas posiciones sociales se encuentran justamente asentadas en relaciones que lo trascienden y que muchas veces son contradictorias con esos principios? Pretender que renuncien o subordinen al proyecto colectivo la reproducción de aquellas relaciones y disposiciones sobre las cuales consiguieron ocupar una posición diferencial en relación a los demás miembros de la comunidad local implica desconocer (o cuestionar) el peso estructurante que tienen los mecanismos que siguen operando en estos espacios de vinculación a pesar de las transformaciones producidas por la presencia de la Organización en ellos. Lo que es evidente es que el tránsito por espacios como el Movimiento no garantiza la desarticulación de lógicas capaces de boicotear y desestabilizar el proyecto político que, aunque hegemónico, debe ser recreado y reconfigurado constantemente en diálogo y disputa con estas otras fuerzas sociales que también lo constituyen.

### **El Movimiento como génesis de un dislocamiento. Los referentes campesinos**

Para el desarrollo de este último punto se tomará como eje expositivo una posición de sujeto que denominaré ‘referentes campesinos’ y que refiere a agentes de las comunidades locales (es decir, de cuyas trayectorias sociales se encuentran ancladas primordialmente al el espacio social rural) que han transitado un proceso de socialización política estrechamente vinculado al proyecto del Movimiento y que, a partir de ello han acumulado capitales que incidieron en su resposicionamiento social general y, en particular, en una redefinición del lugar que ocupaban en sus comunidades de origen. A diferencia de aquellos que ocupan la posición de ‘líderes locales’, la posición de estos agentes se asienta prioritariamente en un proceso de acumulación de capitales (culturales, simbólicos, sociales) que se encuentra estrechamente articulado en torno al proyecto político de la Organización.

Así como en el caso anterior señalé que desde el Movimiento se desarrollan estrategias de identificación e incorporación de los ‘líderes locales’ que pretendí caracterizar; aquí me detendré en otras estrategias que están dirigidas a las posiciones de sujeto que analizamos en este punto y que, si bien inciden de manera diferente en las dinámicas locales, son complementarias y se encuentran articuladas con las primeras: la *formación de cuadros.*

En un trabajo sobre un movimiento social rural brasilero, Guedes (2006) analiza cómo, mediante los cursos de formación política y una intencionalidad materializada en la formación político-pedagógica, se busca difundir la "identidad militante" y posicionarla como la forma legítima de ser líder en los movimientos sociales. Son espacios que procuran, fundamentalmente, producir subjetividades ‘revolucionarias’. El tránsito por estos dispositivos de formación resulta ser una oportunidad de acumulación de capitales que son valorados positivamente hacia dentro de los espacios organizativos.

A diferencia de los líderes locales, la posición de referente campesino es ocupada generalmente (aunque no exclusivamente) por jóvenes que no contaban con una trayectoria de socialización política ni con capitales reconvertibles en el campo político local antes de empezar a participar de espacios vinculados al Movimiento. Si no tenían capital político para intercambiar en la red vincular de la Organización tenían, en cambio, energía y predisposición para dedicarse al cumplimiento de tareas diseñadas y planificadas específicamente por la organización. Un *habitus* compatible con la lógica de un espacio que demanda una entrega que sobrepasa el cumplimiento de tareas puntuales, que exige un compromiso activo por la recreación continua del proyecto ideológico y que, con ello, compromete a los sujetos en una ética de la militancia que atraviesa la integridad de su vida y sus relaciones.

Hemos podido reconocer que no todos los *habitus* se encuentran dispuestos hacia la *ilusio* que estructura este juego pero, en los casos en los que esta correspondencia se da, las posibilidades de transformación subjetiva son vastas y su efectiva realización modifica radicalmente la vida de estas personas y renueva las esperanzas colectivas de un cambio posible. Son actores que tienen para ofrecer un elemento fundamental para la recreación del colectivo como tal, para la reproducción de un espacio colectivo articulado: “le ven el interés”, son capaces de depositar en el proyecto organizativo su placer, su afecto, sus intencionalidades, su tiempo. Creen y apuestan a los principios hegemónicos en torno a los cuales se estructura el colectivo y contribuyen, de esa forma, a reforzar la lógica del juego. Eligen ocupar un papel activo en esa tarea.

Son actores imprescindibles para la legitimación del proyecto colectivo porque, socializados políticamente por y para la organización, son garantía de organicidad. Eso es lo que convierte al “campesino con conciencia” en un actor tan atractivo también para los cientistas sociales y en objeto de admiración y deslumbramiento de quien apuesta por un mundo más justo e igualitario. Escribir sobre las condiciones sociales de producción de estos procesos es por ello un poco más difícil y un poco más necesario.

Por su parte, en esta apuesta comprometen las fibras más íntimas de sus sensibilidades. Los procesos de formación política se encuentran íntimamente atravesados por relaciones personalizadas y mediadas por el afecto. Incluyen una amplia diversidad de experiencias que no prescinde pero que tampoco se agota en la participación en cursos o talleres, en acciones y eventos públicos, en asunción de tareas y responsabilidades, en la ocupación de posiciones de representación, de movilización. En primer lugar, porque, como he escuchado repetidamente en el campo, *todos los espacios de la organización son de formación*, pero, además de eso, porque estas experiencias están atravesadas por lazos afectivos que tienen una especial intensidad y se sostienen en una red vincular de base ideológico-afectiva[[10]](#footnote-10).

 En la combinatoria de estas experiencias a lo largo del tiempo se alternan y articulan una variedad de aprendizajes y elementos inmateriales que impactan en su socialización política: saberes prácticos y técnicos, principios éticos, vínculos emocionales, saberes teóricos y posibilidad de ampliar el universo de interacciones mediante las *salidas* que inciden integralmente en estas personas y modifican su vida en el mismo momento en el que se aprende a hablar el lenguaje del movimiento social y se adquieren conocimientos prácticos imprescindibles para jugar el juego político. Esta disposición emocional configura subjetividades sensibles a las apuestas prácticas que son requeridas para hacer parte de este campo.

Sin embargo, estas condiciones no son suficientes para garantizar la reconversión de estrategias, ya que la disponibilidad de energía requerida para reproducir la organización interfiere con aquella que demandan las tareas dirigidas a la reproducción de la unidad doméstica. Esta tensión se ve atravesada por las condiciones laborales, por la lógica de división familiar del trabajo y por el momento particular en la trayectoria de la unidad doméstica. Tener disponibilidad de tiempo y posibilidad de dislocarse más o menos constante y/o permanentemente es un aspecto que varía de acuerdo a las etapas de la unidad doméstica y al lugar ocupado en el sistema de estrategias de reproducción.

Este desajuste es, a su vez, una preocupación que se asume colectivamente y que procura garantizarle, a quienes deciden apostar a la militancia, condiciones más favorables para que puedan hacerlo. Para ello se despliegan estrategias tales como la remuneración de las tareas dedicadas a la organización, la procura de convergencia entre la actividad laboral rentada con actividades que promuevan proyectos colectivos (empleos públicos o tareas rentadas –no pocas veces en condiciones de precarización laboral– en los diversos programas o proyectos gestionados por medio del Movimiento de salud, educación, productivos). El dislocamiento hacia los lugares en los que se desarrollan las actividades de la organización también motorizado y sostenido generalmente con recursos de las centrales. Estas estrategias desplegadas para garantizar o al menos favorecer la disponibilidad a la participación en tareas de la organización deriva en una especie de “profesionalización de la labor de militancia” (Cowan Ros: 2013).

El acceso a recursos gestionados por el colectivo no es un “fin en sí mismo”, sino un medio que presupone y posibilita un giro significativo en sus estrategias de reproducción, una reconversión en el sistema de estrategias, que repercute tal vez menos en el volumen de capitales como en su composición relativa. Esta reconversión consiste en el redireccionamiento de las estrategias de reproducción hacia la acumulación de capital político (el capital militante, en sentido más estricto).

Estas estrategias colectivas contribuyen a garantizar unas condiciones materiales básicas y a disminuir las distancias con aquellos que tienen una posición social más favorable (fundamentalmente con los militantes foráneos). Pero a la vez contribuye a la generación de desigualdadeshacia el interior de las comunidades rurales en la medida en que contribuye a producir un proceso de diferenciación de estos agentes que, con la asunción de tareas colectivas remuneradas acceden a la vez a capital económico y a un capital simbólico (por su condición de representantes legítimos del colectivo) que los reposiciona en relación a sus co-residentes.

A su vez, la reconversión implica hacer apuestas y ocupar posiciones en ámbitos que no son habituales en el sistema de estrategias de sus vecinos, de sus co-residentes. En este sentido es que señalo un dislocamiento: un cambio significativo del lugar social en el que se despliegan las estrategias de reproducción, y también dislocamiento en el sentido en que utiliza esta palabra Delma Neves, como nuevo modo de vida que presupone un la “resocialización” para la ocupación de esas nuevas posiciones (1997: 250).

Como afirma Bourdieu las estrategias de reconversión, que presuponen reconvertir una forma de capital en otra más rentable o más legítima, dependen de la posibilidad objetiva de ganancia ofrecidas a sus inversiones en cierto estado de los instrumentos de reproducción y del capital que han de reproducir (2014a: 135). En este sentido, la existencia y el sostenimiento de estos espacios organizativos y el desarrollo de estrategias colectivas para garantizar el rendimiento del capital político de las familias que apuestan a su acumulación, se vuelve condición estructural para la efectividad del Movimiento. Esto explica, a su vez, que aquellos agentes que encuentran oportunidad de acumular capital militante contribuyan y se comprometan fuertemente a reproducir las condiciones que posibilitan el rendimiento de su nueva estructura patrimonial.

Dado que el dislocamiento se encuentra estrictamente asociado a la red vincular del Movimiento, la legitimidad de las posiciones de estos agentes es indisociable del colectivo, al que ‘le deben’ su nueva vida, que es significada como resultado y fundamento de la participación en la organización. A cambio, a modo de reciprocidad indirecta, ofrecen el compromiso en la expansión de los efectos transformadores de ese proyecto y la reproducción. Ponen a disposición su cuerpo y energía para la constante y cotidiana recreación del proyecto político a la vez que aseguran la adhesión a estos principios y se comprometen éticamente con ellos. Devienen *militantes*.

Con ello contribuye a legitimar unas prácticas, una ética, una trayectoria y una forma de participación en detrimento de otras. En ese movimiento ocupan el lugar al que todos miramos, atraen todas las inquietudes, nos conquistan. Porque son la práctica y el discurso correcto en el cuerpo correcto, expresión singular de una transformación social que aparece como real, como posible. Y aquí es cuando pienso que hablar sobre los referentes campesinos es también un poco hablar del villero que hace rap o cumbia contestataria, del preso que lee al Che, de la puta pobre y feminista, del indio en huelga de hambre. Es bastante fácil construirlos constantemente como objeto de deslumbramiento y romantización y ubicarlos en el filo de esa cúspide que es la idealización. En ese lugar, sin embargo, no son más que un objeto de admiración enaltecido que sólo será reconocido en la medida en que contribuya a recrearnos los sueños. En ese lugar están condenados, por los mismos que los idealizamos, a mantener el equilibrio a riesgo de caer en el desprecio. O, peor, en la invisibilidad de la que salieron.

### **Conclusión**

En el espacio rural de los departamentos Minas y Cruz del Eje conviven una multiplicidad de instancias de circulación de bienes materiales y simbólicos factibles d ser reconvertidos en capital político, que se articulan en algún punto con el Movimiento pero que lo exceden al mismo tiempo que lo configuran como tal. En esta ponencia presenté diferentes dinámicas vinculares que se despliegan en torno a la comunidad local, que se asientan en algún tipo de desigualdad entre co-residentes y que se intersectan con la red vincular desplegada en torno al Movimiento.

La reconstrucción de estas relaciones se realizó dando cuenta de las condiciones de estructuración y de reproducción de particulares “lugares sociales” diferenciales entre los pobladores rurales. Posiciones que estructuran las estrategias y disposiciones que se ponen en juego en las redes vinculares que se dan en torno al Movimiento y que se encuentran estrechamente relacionados con unas formas específicas y diferenciales de involucrarse, de significar y de relacionarse en ese espacio vincular.

La perspectiva puso atención a las posiciones por sobre las interacciones, reconociendo el peso estructurante que tienen sobre las prácticas los lugares sociales que los distintos actores ocupan y atendiendo a las formas en que los desplazamientos operados en esas posiciones relativas impactan en las formas que las relaciones asumen. En base a ello se reconstruyeron tres dinámicas, en cada una de las cuales adquieren preponderancia interpretativa estructuras conceptuales distintas: desigualdad, para el primer caso; diferenciación y distinción, para el segundo; dislocamiento, para el tercero.

Ordenada en torno a la pregunta acerca de cómo se estructuran las relaciones políticas en el espacio social rural, la mirada sociológica fue interpelada así por la invitación a dar cuenta de la existencia de múltiples dinámicas relacionales que conviven con las promovidas desde y por la Organización. Lo que pretendo aportar con este capítulo al análisis sociológico de los procesos organizativos es el reconocimiento de la importancia de mirar las relaciones que las organizaciones sociales tienen con el “afuera”. Fundamentalmente, a partir de observar aquellas que quienes participan de ese espacio establecen ‘más allá’ y ‘a pesar’ del colectivo.

A condición de suspender la explicación del todo por una de sus partes fue posible reconocer que hay dimensiones del funcionamiento de esta trama vincular que sólo se comprenden por referencia a este ‘más allá’, y que, concomitantemente, el análisis de los vínculos y relaciones desplegados en el espacio rural de Minas y Cruz del Eje debe contemplar la incidencia que sobre ellos tiene la presencia del Movimiento en la región.

Descentrar la mirada de la organización como unidad delimitada herméticamente y desapegarse de la tentación de asumir su proyecto político como única vara de medición de las adhesiones de quienes participan de este espacio de vinculación para atender al lugar que ellos ocupan en diferentes niveles de redes vinculares contribuyó a comprender y explicar diferentes formas de hacer parte del Movimiento y disímiles maneras de dar sentido a esa participación, así como de significar al colectivo como tal.

Ello sumó elementos para entender de manera más compleja y completa los desajustes y tensiones entre aquellas expectativas que se encuentran sustentadas en los principios éticos condensados en un proyecto organizativo y las prácticas y disposiciones que efectivamente regulan este espacio de vinculación.

Un aspecto que ha quedado excluido de estas páginas pero que me interesa referir al menos en esta instancia final es que la ‘imperfección’ de estos intercambios, los desajustes entre expectativas y sus condiciones de realización, son habitualmente interpretados como una ‘falta’, como un pendiente de la inacabada transformación social. Esto, lejos de socavar las bases del trabajo político de los militantes del Movimiento, de poner en suspenso los intercambios que sustentan su lugar en el espacio rural, configura justamente el escenario de validación de su práctica política y recrea las condiciones de su necesidad al renovar la creencia en –y la apuesta por– el trabajo político-ideológico como fundamento de la transformación del mundo y de las personas.

Lo que se propuso en estas páginas fue una forma de suspender esta línea interpretativa para dar lugar a otras dimensiones del análisis de las organizaciones que contribuyeron a identificar que, tras las tensiones y no adhesiones a los proyectos condensados en los programas políticos de las organizaciones, operan condiciones sociales concretas que no admiten una explicación exclusivamente resuelta en términos de enajenación o falsa conciencia. Desde este punto de partida será más probable que asumamos que esas condiciones se encuentran estructuradas por prácticas, posiciones y relaciones endógenas a los espacios organizativos que estudiamos, pero también por su relación con estrategias, posiciones y relaciones que se configuran exógenamente, es decir, en relación a las apuestas de los agentes en otros campos, redes o universos sociales.

**Bibliografía**

Bourdieu, P. (1988) “La delegación y el fetichismo político” en Bourdieu, P. *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa. 158-172.

Bourdieu, P. (2001) *El campo político*. La Paz: Plural.

Cowan Ros, C. (2013) “Laberintos de emancipación: reciprocidad y conflicto en las relaciones de mediación entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos” en *Revista de Antropología Social.* (22). Madrid: Universidad Complutense de Madrid. 287-312.

Cowan Ros, C. y Arqueros, X. (2018) "Poner el cuerpo: emociones, saber profesional y militancia en la extensión rural" en *RevIISE. Revista de Ciencias Sociales y Humanas del Instituto de Investigaciones Socio-Económicas*. (11), San Juan: UNSJ. 15-28.

Decándido, E. y Ruffini, M. (2018) “‘…Tierra con tierra, huerto. Fuego con fuego, amor…’ Organizaciones sociales, matrices de sentido y prácticas militantes en el contexto ‘posneoliberal’” en *Sociales Investiga. Escritos académicos, de extensión y docencia.* 3(5). IAPCS-UNVM.

Decándido, E. (2010) *Lo simbólico, lo político y lo social. Su confluencia en las significaciones y valoraciones sobre la experiencia colectiva en APENOC*. Trabajo final de Grado de la Lic. en Sociología. IAPCS-UNVM [inédito].

Guedes, A. (2006) *Projeto identitário, discurso e pedagogia na constituição de um sujeito coletivo: o caso dos atingidos por barragens*. Disertación doctoral del Mestrado em Planejamento Urbano e Regional. Rio de Janeiro: UFRJ.

Gutiérrez, A. (2007) *Pobre, como siempre…. Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra editor.

Hobsbawm, E. (1976) *Los campesinos y la política*. Barcelona: Anagrama.

Neves, D.(1997) *Assentamento rural: reforma agrária em migalhas. Estudo do processo de mudança da posição social de assalariados rurais para produtores agrícolas mercantis.* Niterói: Editorial de la Universidade Federal Fulminense.

1. Delimito como políticas a aquellas relaciones en las que circulan bienes materiales y/o simbólicos factibles de ser invertidos por todas o alguna de las partes en forma de capital político. [↑](#footnote-ref-1)
2. Se nominará ficcionalmente a este espacio como “El Movimiento”, aunque también utilizaré la palabra Organización para referirme a él. *Central* es la denominación utilizada por los miembros del Movimiento para referir a cada una de las seis organizaciones de primer grado que lo conforman.  A partir de sus centrales, está presente en 9 departamentos del arco noroeste de la provincia de Córdoba. El criterio de división de las centrales es prioritariamente territorial: cada una se define en relación al espacio geográfico sobre el que tiene influencia directa. Las dos centrales que conformaron el referente empírico de mi tesis se ubican en los departamentos de Minas y Cruz del Eje. [↑](#footnote-ref-2)
3. Esta delimitación refiere al espacio habitado en su escala local y que, para el caso de estudio, es la comunidad rural. Con esta unidad no hago referencia necesariamente a un recorte espacial ni a una unidad administrativa (aunque los límites de una y otra puedan coincidir), sino a un espacio de relaciones definido por ciertas cualidades específicas. Estas zonas de mayor o menor extensión y complejidad que Hobsbawm llamó “pequeño mundo” refieren al espacio social de convivencia dentro del cual las transacciones entre las personas son sistemáticas, y se encuentran fuertemente atravesadas por la personalización del vínculo: las gentes se conocen todos entre sí (1976: 6). [↑](#footnote-ref-3)
4. Por cuestiones de espacio sólo serán esbozadas aquí de manera breve y concisa las principales categorías conceptuales implicadas en la interpretación. Dado que priorizaré el componente interpretativo, quedará excluida la exposición de los fundamentos e implicancias de asumir esta perspectiva. Por el mismo motivo fueron excluidas de este escrito las referencias empíricas directas. La delimitación temática, por su parte, excluye lo relativo a las relaciones de reciprocidad horizontal que también fueron abordadas en la tesis. [↑](#footnote-ref-4)
5. Como es sabido, los estudios de clientelismo político acompañan esta transformación histórica con transformaciones conceptuales y, recostados en los antecedentes de aquella línea de estudios, construyen nuevas herramientas dirigidas a aprehender la complejidad de las redes de reciprocidad asimétrica vinculadas al campo político. [↑](#footnote-ref-5)
6. Parte relevante de los actores políticamente activos, que asumen tareas de producción y reproducción del colectivo, son provenientes de otros espacios geográficos y encarnan posiciones sociales desiguales a las de quienes despliegan sus estrategias de reproducción social en torno al espacio rural. [↑](#footnote-ref-6)
7. Aunque aquí no esté desarrollado, este aspecto es trabajado en profundidad en la tesis. Allí se expone cómo las condiciones sociales desiguales (pasadas y presentes) posicionan a unos agentes en una ubicación favorable para convertir su proyecto en hegemónico hacia dentro de la Organización y articular, en torno a él, sus estrategias de reproducción social, estrechamente vinculadas a apuestas en el campo político. [↑](#footnote-ref-7)
8. En Decándido (2010) dedico un apartado a esta tensión entre las propuestas de horizontalidad y las disposiciones jerárquicas. [↑](#footnote-ref-8)
9. Así se denomina a los miembros del Movimiento que asumen tareas dirigidas a garantizar el cumplimiento y el fortalecimiento de la dinámica organizativa en cada una de las comunidades, así como la vinculación de estas unidades con la central a la que pertenecen y con el Movimiento a nivel provincial. [↑](#footnote-ref-9)
10. La noción es recuperada de Cowan Ros y Arqueros (2018). [↑](#footnote-ref-10)